



Fe heredada y adquirida

DO 20 del año
Mt 15, 21-28

La misión de Jesús consiste en dedicarse, en primer lugar, a la salvación de los judíos - antes de ocuparse de los paganos. Dios quiere la salvación de todos los hombres y de todos los pueblos. Pero los judíos son los herederos de la elección y de las promesas. Por consiguiente deben ser los primeros en recibir el ofrecimiento de la salvación mesiánica.

Por todo esto, los judíos consideran despectivamente a los pueblos vecinos, a los paganos. A sus ojos no son más que “perros” - una imagen que usa también Jesús en el Evangelio de hoy, pero hiriendo menos por el diminutivo que Él emplea.

Los apóstoles, después de Pentecostés, utilizan la misma táctica que Jesús: Primero se dirigen a los judíos, y sólo después de la negativa de estos, se dirigen a los gentiles. Sobre todo San Pablo se transforma así en el gran apóstol de los paganos.

Jesús tiene que hacer la misma experiencia dolorosa: Es rechazado por el pueblo de los judíos. Sólo una pequeña minoría acoge su mensaje. En cambio, los gentiles que se acercan a Jesús, reciben su palabra con verdadera alegría y con gran fe. La mujer del Evangelio de hoy da un ejemplo de ello.

Esta mujer cananea nos revela y recuerda, con su actitud, la única manera de pedir y conseguir algo del Señor: Dios da su gracia a los humildes y da su gracia a los que tienen fe. Humildad y fe, son no sólo condiciones de una buena oración, sino también actitudes fundamentales del cristiano ante Dios.

Dios da su gracia a los humildes. Jesús se resiste a los ruegos de la mujer. Y no sólo esto, sino también que la humilla: *“No está bien echar a los perros el pan de los hijos.”* Pero la mujer insiste postrándose ante Él, y reconoce humildemente: *“Señor, también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.”* No pide un trato igual; se contenta con las sobras. Esta actitud suya de humildad y pequeñez, vence al Señor y le arranca un milagro.

Dios da su gracia a los que tienen fe y confianza. Una verdadera fe es la condición que Jesús exige siempre antes de realizar un milagro. Por eso prueba duramente la autenticidad de la fe de la mujer cananea.

Muchas veces, en el evangelio, el Señor rehusa los milagros que le piden. Es algo que experimentamos también nosotros: Cuantas veces nuestras oraciones parecen estériles. Incluso la Santísima Virgen, en las bodas de Caná, obtiene al principio una negativa: *“Mi hora aún no ha llegado”*. Pero María no se desanima como nosotros. Se queda esperando, con una confianza absoluta: *“Hagan lo que Él os diga.”*

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt

Jesús acaba escuchando siempre a los que insisten con una fe profunda, con una confianza total. Así fue en Caná. Así pasa también en el Evangelio de hoy. Al final, Jesús no puede más que alabar la fe sencilla y profunda de esta mujer pagana: *“Mujer, que grande es tu fe: que se cumpla lo que desees. Y en aquel momento quedó curada su hija.”*

Toda fe es una búsqueda. Toda fe, que es auténtica, tiene que ser una dificultad superada.

Mientras creamos sólo por costumbre y por tradición, es imposible saber si creemos de verdad en Dios. Mientras nuestra fe no sea probada y mientras no tengamos dudas sobre ella, somos incapaces de decir si creemos realmente en Dios.

Esto cambia a partir del momento en que tenemos una dificultad, una oposición entre lo que Dios nos dice y lo que nosotros pensamos. Es a partir de ese momento en que creemos que estamos perdiendo la fe o que ya la hemos perdido. Entonces, quizás por primera vez en nuestra vida, tenemos la ocasión de hacer un verdadero acto de fe, de entregarnos a Dios, de salir de nosotros mismos y de entrar en su mundo misterioso.

Esto es lo que hizo la mujer del Evangelio. Ella se puso en camino; salió de su ambiente nacional: era cananea y se dirigió a ese judío. Salió también de su ambiente religioso: era pagana y puso su fe en Cristo. Se confió totalmente en Él, separándose de su educación, de su ambiente, de sus costumbres.

Queridos hermanos, a días de la celebración de la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María, y pocos días después la conmemoramos como Reina de cielo y tierra. Ella es la mujer con la fe más madura, más viva y más fiel de todos los seres humanos. Por eso Dios la ensalzó como Reina sobre toda la creación, y nos la dio como modelo y educadora en la fe.

Pidámosle, por eso, a Ella que nos acompañe en nuestro camino de vida, que nos guíe sobretodo en las oscuridades y dudas de fe, y que después nos reciba, un día, en la casa de nuestro Padre celestial.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt